

Escúchame, Señora; cada día
 á tí mi pobre corazón elevo,
 porque tengo la fe de que á moverte
 alcance un día mi ferviente ruego.

Y tú me veras, Señora; y quizás pronto
 prueba bastante me darás de ello,
 que por ser tú quien eres, nada existe
 que no se pueda hacer al tú quererlo.

II

Hernán Cortés

HAN transcurrido dos lustros
 apenas, desde que el bravo
 capitán Hernán Cortés
 libertó con férreo brazo
 al gran imperio de Anáuhac
 del cetro de los tiranos,
 que maltratando á los pueblos
 que aquella nación formaron,
 cual no recuerda la historia
 que otros peor fuesen tratados,
 dieron con su tiranía
 al guerrero castellano,
 por odio á los opresores
 muchedumbre de aliados.

—
 ¡Severa lección por cierto
 fué aquella para tiranos!

Quien á sus pueblos oprime
y abusa de ellos, fiado
en la insolencia de un grupo
de soldados mercenarios,
y sus lamentos no escucha
ni á sus quejas hace caso,
llegará á poner las cuerdas
tan tirantes en los arcos,
que unas después de las otras
concluirán por ir saltando,
dejando así por sí mismo
á los suyos desarmados.

Sin duda que estaba así
por Dios mismo decretado:
milagrosa circunstancia
ve en esto todo cristiano,
que no juzga estos prodigios
obra loca del acaso,
por más que llame el incrédulo
casualidad al milagro.

Por más que aquel hombre fuese,
como lo fué Don Hernando,
asombro de las edades
y orgullo de castellanos,
Cicerón por sus discursos
y por su espada Alejandro,
¿qué hubiera podido hacer
con sus quinientos soldados
contra la incontable hueste
de guerreros mexicanos,

sin el auxilio que Dios
y la Virgen le prestaron?

No, no fué sólo del hombre
la conquista resultado;
Dios mismo intervino en ella,
y á la sombra de su amparo
pudo el bravo Hernán Cortés,
de Dios el nombre invocando,
ver como el mundo crecía
al paso de su caballo.
Donde éste á imprimir llegaba
el curvo hierro del casco,
nuevas tierras adquiría
la España de Don Hernando,
aumentábase el imperio
del Pontífice Romano,
y almas nuevas abarcaban
de la Santa Cruz los brazos.

Disculpemos los errores
que alguna vez empañaron
el brillo de las acciones
de aquel guerrero esforzado:
pensemos que si al terror
acudió en diversos casos
y en su propia sangre ahogó
á sus míseros contrarios,
otro tanto hubieran hecho
sus censores en su caso;
ver el error es muy fácil,
no lo es así el evitarlo.

Poned á un hombre cualquiera
de enemigos rodeado,
sin conocer ni el lugar
en donde pone sus pasos;
dadle luego por amigos
consejeros y aliados
á los que á su misma patria,
crimen horrible y nefando,
traicionaban y vendían
con odio y rencor insanos,
y decidnos si no estuvo
por demás justificado
que de ellos desconfiase,
y doquiera sóspechando
traiciones y felonías,
y falsedades, y engaños,
por el terror pretendiese
imponerles y domarlos.

Disculpemos sus errores
y solamente veamos
las acciones generosas
que hicieron de Don Hernando
asombro de las edades
y orgullo de castellanos.
Su espada abrió los caminos
de este país ignorado,
á la civilización
del viejo mundo cristiano.

Los falsos ídolos fueron
por su espada derrocados

de los inmundos altares
en que crüeles se alzaron:
fueron por él suprimidos
los sacrificios humanos;
y al tiránico poder
cruel, estúpido y bárbaro
de aquellos pueblos salvajes,
de aquellos reyes de esclavos,
sustituyó los divinos
dogmas del Crucificado,
y cortando de raiz
el atroz culto pagano,
no vieron más sacrificios,
absortos los mexicanos,
que el sacrificio incruento
del Cordero immaculado.

¡Bien haya el guerrero invicto,
el egregio Don Hernando
que civilizó estas tierras
de sus hazañas teatro!
Quien de su nombre maldiga,
quien sus acciones negando,
sus méritos desconozca
é insulte su nombre honrado,
ni es hombre, ni es caballero,
ni merece en este caso
sino desdén y desprecio,
que fué siempre digno pago
de críticos miserables,
de historiadores menguados,
de filósofos ruines,

y de patrioterros falsos;
 pues pésele á quien le pese
 siempre será Don Hernando
 Cicerón por sus discursos,
 por su espada un Alejandro,
 y asombro de las edades,
 y orgullo de castellanos.

III

La escena

DIEZ años cuenta tan sólo
 de conquistada la tierra,
 y no diez, sino cien veces
 en ellos pudo perderla
 la corona de Castilla,
 tan orgullosa de ella
 que la juzga con razón
 la más escogida perla.

y no hay modo de negar
 ni aun de dudar que lo sean:
 ¿quién otra vió más hermosa?
 ¿quién otra miró más bella?
 Dos mares bañan sus costas,
 y en armónica cadencia